

Viajeros por las Islas Canarias (49)

Nicolás González Lemus

Los viajes del comandante Alfred Burton Ellis

No conocemos datos biográficos de este militar. Como consta en su obra *West African Islands* publicada en 1885, fue un *Mayor* del Primer Regimiento británico de la India Occidental. De las 350 páginas de la obra, 95 están dedicadas a sus frecuentes visitas que hizo a Tenerife y Gran Canaria entre los años 1871 y 1882¹. El libro está dividido en catorce capítulos, de los cuales los VIII y IX están dedicados a Gran Canaria y los XX, XII y XII a la estancia en Tenerife. Ellis escribió otros libros durante sus viajes a la costa occidental de África: *West African Sketches*, *The land of fetish* y *The history of the first West India Regiment*, *The Yoruba-Speaking Peoples of Slave Coast of West Africa*, entre otros. En *West African Islands* también se ocupa de las islas de Santa Elena, Ascensión, Fernando Poo, San Vicente, San Antonio, Gorea, Madeira y el grupo de las islas de Los.

La isla que primero describe es Gran Canaria. La recorre por el norte deteniéndose a describir la Atalaya, Santa Brígida, Teror y otros pueblos o caseríos porque para él no existe ciudades fuera de Las Palmas². En Tenerife le obsesionaba hacer una excursión al Teide. «Durante una de mis visitas a Tenerife decidí intentar hacer una excursión al Teide ... En primer lugar nos informaron que deberíamos de esperar dos días para intentarlo, cuando hubiera luna llena, debido a que es en ese momento cuando únicamente se puede intentar hacerlo, y en segundo lugar, porque todo dependía del tiempo. Según nos dijeron, el ascenso sería imposible con tiempo nublado y si el tiempo se presentaba variable o el barómetro comenzaba a descender, ningún guía o montañero se atrevería a intentarlo, ya que si el grupo quedaba atrapado por una tormenta o tempestad se vería obligado a permanecer varios días en las montañas, expuestos a situaciones muy peligrosas, posiblemente expuestos a ser arrastrados por las ráfagas del viento a los precipicios». Pero en una de las ocasiones logró subir y llegar a la cima, jadeantes y exhaustos, «la encontramos coronada por un círculo de grandes rocas, amontonadas unas sobre otras en una caótica confusión y formando una barrera aparentemente infranqueable. Sin embargo, los guías nos condujeron hacia la parte sureste y nos mostraron una pequeña abertura por la que pudimos pasar. Dentro de este collar de rocas encontramos una pequeña depresión, que representa el viejo cráter y que es de unas 140 yardas de largo por 110 de ancho. Desde esta depresión, o caldera, salían chorros de vapor en todas direcciones y el suelo estaba cubierto por una eflorescencia de azufre, que nos proporcionaba un olor muy desagradable. Muchas de estas eflorescencias eran de tonalidades muy brillantes —escarlata, verde, azul, violeta y amarilla— e intentamos llevarnos algunas muestras como recuerdo de nuestra excursión, pero todas eran tan frágiles que se desasieron en pedazos en nuestras manos³».

Como todos los británicos victorianos, Ellis pecaba de muchos sentimientos de superioridad, ciertos estereotipos significativos que le dificultan la visión de las islas. El esquema del mito de la pereza del español, creado por los viajeros en la España peninsular, fue aplicado a los desocupados en las islas. Cuando está en el Puerto de la Cruz los destaca como algo característico. Ellis retrató a los campesinos isleños como personas con caras satánicas y que tanto ellos como los del sexo débil «son lo suficientemente repulsivos como para darle un susto a un niño inglés». Semejante representación es la propia que tenía de Oriente todo el europeo decimonónico. Era una

esquematación mediatizada para crear una determinada imagen interesada de lo diferente, de lo depravado que era la cultura inferior a la suya⁴.

Para todos los viajeros victorianos Santa Cruz tenía un significado muy singular porque en el interior de la Iglesia de la Concepción se conservaban las banderas inglesas arrebatadas a Nelson. Fue centro de obligada visita de todos. Para los británicos desembarcar en Santa Cruz era hacerlo en el muelle inmortalizado por la derrota de su héroe nacional. Por su parte, los habitantes de Tenerife se enorgullecían de la hazaña histórica de su pueblo. Para algunos, el orgullo de pueblo estaba justificado porque la derrota de su héroe fue un acto de heroísmo de resonancia universal. Tenerife tenía buenas razones para estar orgullosa de simbolizar a través de las banderas la batalla contra los ingleses porque «Nelson no estaba acostumbrado a ser derrotado», dijo Charles Edwardes. Ellis ve la razón de ese orgullo no en la heroicidad de los tinerfeños en la batalla, sino en el hecho de que no poseen muchos trofeos como esos y difícilmente podrán conseguir algún otro⁵.

A pesar de los prejuicios, Ellis hizo unas valiosas objeciones históricas y etnográficas de la sociedad isleña muy interesante. Por ejemplo, el mal estado de las casas y el aire de humedad que se respiraba en La Laguna y en La Orotava como consecuencia de la crisis económica por el hundimiento del mercado de la cochinilla. Ellis, que por su condición de militar del Primer Regimiento de La India, pasó en muchas ocasiones por Tenerife, como mínimo seis, escribió durante una de sus visitas que «sus casas, aunque de alguna pretensión, están todas terriblemente deterioradas; a esta villa, que fue una vez el centro favorito de los grandes de la isla, le ha pasado su hora; sus patios de mármol y arboledas de naranjas y plátanos, solamente testifican su antiguo esplendor⁶». Lo que no significaba que estuvieran abandonadas o cerradas pues, —como afirma el angloamericano S. G. W. Benjamin— en sus interiores vivían las viejas familias españolas de título (condes, marqueses y dones de alto y bajo grado, etc.)⁷. Imagen de decadencia que se alargaría durante toda la centuria.

El hábitat de las clases trabajadoras de los pueblos, como de las ciudades, era muy pobre, según contempló el viajero. Los campesinos más pobres solían usar las hojas de las piñas de millo como picadura para fumar, pero la abundancia de tabaco existente en la isla a partir de la década de los setenta aumentó su consumo interno correctamente. La misma pobreza, como afirma Burton Ellis, determinaba que los campesinos no fueran dados a las apuestas en los juegos de cartas u de otra índole, como solían hacerlo la gente de la clase media y alta. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, la mayoría del campesinado se incorpora activamente como asalariado en las faenas agrícolas. Las mujeres eran las encargadas de recoger la cochinilla y de envolver las hojas de las tuneras en los sacos de lino para protegerlas de las lluvias. También realizaban el trabajo de su recolección, para lo cual —como señala Ellis— se vendaban desde la cabeza hasta los pies, como momias, para evitar que las espinas de las pencas le dañaran.

Los menesterosos se cuidaban bien de no acercarse a los potentados de de las islas, especialmente a los funcionarios o militares. «Saben muy bien a quienes pueden asaltar con la esperanza de obtener algo. A pesar de su aire de magnificencia y de la exhibición de riqueza de sus joyas, nunca molestarán a los empleados del Gobierno, porque saben que de ellos conseguirían más golpes que medio penique», señala Elizabeth Murray⁸. Ellis se dedicó a observar el comportamiento de los oficiales del gobierno y los militares en Santa Cruz «que siempre pueden ser reconocidos por su arrogancia, y por el hecho de que la legión de mendigos nunca les importunan pidiéndoles limosna»⁹.

Termino con las interesantes objeciones que hizo Ellis sobre las momias.

La célebre cueva del barranco de Herques, en Tenerife, contenía, varios miles de momias, la mayoría de las cuales fueron utilizadas por los campesinos como combustible, no obstante algunas de las que se salvaron y se pueden ver actualmente en el Museo de Santa Cruz. Estas momias tienen el pelo de un color castaño rojizo; los hombres están extendidos con sus manos pegadas a los costados y las mujeres con los brazos cruzados sobre el pecho. También se han encontrado algunas con el cuerpo encogido, en una postura sentada. Cuando se descubren, invariablemente se encuentran envueltas en pieles de cabras y atadas con correas de cuero. Los campesinos aprecian mucho esas pieles y las cogen para su uso. La sequedad del clima permite que las momias y las pieles estén bastante limpias y bien conservadas, aunque tengan varios siglos de existencia. Para el proceso de embalsamamiento, los isleños solían emplear a una persona especial, situadas aparte; a las mujeres solo se les permitía la preparación de su propio sexo; y a los hombres, los del suyo. El método parece haber sido sencillo. Después de que el cuerpo fuera desentrañado, se le lavaba cuidadosamente durante varios días y se le salpicaba con el polvo de árboles resinosos y de piedra pómez. Al poco tiempo de haber sido tratado llegaba a estar perfectamente seco y era entonces cuando se le envolvía en las pieles y se guardaba en el mausoleo familiar¹⁰

Alfred Burton Ellis murió en Santa Cruz de Tenerife el 5 de marzo de 1894 y fue enterrado en el cementerio San Rafael y San Roque de la ciudad.

NOTAS

¹ ELLIS, A. Burton (1885). *West African Islands*. Chapman and Hall. London [Traducido al español los textos correspondientes a las islas por José A. Delgado. La Orotava, 1993].

² *Ibidem*. p. 210.

³ *Ibidem*. p. 299.

⁴ SAID, Edward W. (1990). *Orientalismo*. Prodhufi. Madrid. p. 63.

⁵ ELLIS, A. Burton (1885). p. 243.

⁶ *Ibidem*. p. 271.

⁷ BENJAMIN S. G. W. (1870). *The Atlantic Islands as resort of health and pleasure*. Sampson Low. London, p. 134.

⁸ Véase GARACÍA PÉREZ, José Luis (1982). Elizabeth Murray, un nombre en el siglo XIX. Excmo. Cabildo de Tenerife.

⁹ ELLIS, A. Burton (1885). p. 241.

¹⁰ *Ibidem*. pp. 205-206.